

## CAPÍTULO VIII

### MAIPÚ, RESCATE DE LA LIBERTAD

Los momentos eran apremiantes, tanto que O`Higgins no estuvo presente en la ceremonia de Santiago porque preparaba ya los movimientos de defensa exigidos por la marcha de Osorio con su ejército desde Talcahuano hacia el norte. Tan seria se consideró –y con razón– la ofensiva de Osorio, que San Martín quedó para organizar las fuerzas de Santiago y Valparaíso. Ocupada Talca por los realistas, avanzó desde el norte con su ejército sobre esa ciudad y acampó en un lugar próximo denominado Cancha Rayada. Allí lo atacaron los españoles bajo el mando de Osorio en las primeras horas de la noche del 19 de marzo de 1818. Fuera por ofuscación de algunos jefes o confusiones sobrevenidas en el comando general, lo cierto es que el ejército patriota fue dispersado aunque no por completo y estuvo a punto de perderse. Veamos un fragmento o sector del ejército patriota en el enredo de aquella noche funesta, que pudo ser de terribles consecuencias para la libertad de Chile y aun de las Provincias Unidas. “El campo era todo confusión –dice uno de los jefes del ejército, Hilarión de la Quintana–; entre tanto, inclinándome sobre la silla, descubrí la inmediatez de los enemigos sobre nosotros. El general San Martín y don Enrique Martínez aseguraban que no había sino un corral o palizada; pero yo me mantuve en mi juicio anterior porque antes de ponerse el sol había pasado por allí y no había visto semejante estacada; repetí mi advertencia y se me contestó lo mismo. En el momento sonó el toque de degüello y haciendo fuego nos dieron una carga: se les contestó, y Necochea y Viel con sus cuerpos de caballería los acometieron y contuvieron. La infantería de Martínez seguía en retirada, a pesar de los esfuerzos que hacía el general para contenerla, la que emprendimos los demás luego que se nos replegó la caballería, defendiéndonos así (en retirada) una larga distancia, de varias cargas, hasta que cesaron. Habíamos sufrido el fuego de artillería que nos hacían (según creo, aunque no lo puedo asegurar) las piezas que habían caído en poder del enemigo en el cerrito. Zanjas escarpadas, tropiezos en bestias cargadas, ya andando, ya tiradas sobre el campo, todo expresaba nuestra derrota.

“Era imposible que guardásemos unión: una zanja hondísima y a pique no nos dejaba lugar sino de defendernos de no ser oprimidos por las mulas que subían o caían cargadas desde su borde...así es que el cuerpo de Martínez se nos separó; pero el enemigo había ya dejado de perseguirnos”.

“Quedó abandonado un parque inmenso y útiles de guerra sin número. Seguimos nuestra retirada, y al amanecer nos sorprendimos agradablemente al reunirnos con el general O`Higgins, que iba con sus ayudantes, aunque herido en un brazo. Supimos que mi división, con parte de la de dicho general O`Higgins, iba marchando por nuestra izquierda. Llegamos a San Fernando, que encontramos abandonado y el depósito de nuestros equipajes saqueado. Al día siguiente se nos presentó Las Heras. Algo desazonado el general con Brayer, oficial francés que había hecho de mayor general, y a quien, no sé si con razón o sin ella, se atribuía no haber colocado bien las centinelas avanzadas en la noche de la sorpresa, me encomendó aquel cargo y comisionó a Las Heras para que siguiese conduciendo la división.”

El coronel Gregorio de Las Heras mantuvo entonces una conducta ejemplar por la habilidad y prudencia de sus disposiciones como por la serenidad con que supo afrontar el contraste. La noticia –que cundió de inmediato– causó pánico en la población, que recordaba los sucesos de octubre de 1814 y la desastrosa acción de Rancagua. Muchos atravesaron la cordillera para buscar refugio en Mendoza. El general San Martín, que en un principio se sintió conturbado, pronto reaccionó en forma tan franca y decidida que todos pusieron en su jefe una profunda fe y la convicción absoluta de la victoria. San Martín inició la retirada hacia Santiago y Osorio siguió tras de sus pasos. “Decidime entonces a alcanzarlo en marcha –dice el general Guido, que salió de Santiago– y, en la noche en que atravesaba el extenso llano de Maipú, logré juntarme con él a eso de las ocho. Apenas recibió mi saludo, acercó su caballo al mío, me echó sus brazos, y dominado de un pesar profundo me dijo con voz conmovida: “¡Mis amigos me han abandonado, correspondiendo así a mis afanes!”. No, general, le respondí interrumpiéndolo, bajo la penosísima impresión de que me sentí poseído al escucharlo: rechace usted con su genial coraje todo pensamiento que lo apesadumbre. Sé bien lo que ha pasado; y si algunos hay que, sobrecogidos después de la sorpresa, le hubiesen vuelto la espalda, muy pronto estarán a su lado. A usted se lo aguarda en Santiago como a su anhelado salvador. Rebose en el pueblo la alegría y el entusiasmo al saber la aproximación de usted. El general Cruz excita con celo infatigable el espíritu nacional. Rodríguez no sosiega. Por mi honor que no exagero: los jefes reunidos lo esperan como a su Mesías y será usted recibido con palmas. He venido ex profeso a avisárselo y a pedirle sus órdenes. El general me escuchó con bondad, y dándome las órdenes muy decisivas, me previno partiese en el acto a ejecutarlas y lo esperase en su alojamiento de Santiago. Pero, al separarme, me dijo serenado: –Vaya usted satisfecho, mi amigo, y le prometo recobramos lo perdido y arrojaremos del país a los chapetones. –Corrí a cumplir mi comisión.

“El recibimiento que se hizo luego al general San Martín ha sido descrito con colores que reflejan la verdad de un hecho, no menos digno, de un eterno recuerdo que lo es el denuedo de los valerosos chilenos, prontos a la voz de la autoridad y a engrosar las filas de los defensores de la patria.”

“En la tarde del 25 de marzo llegó San Martín a Santiago –según Mitre– seguido de una escolta de caballería. Vestía el uniforme de granaderos a caballo, con su sobretodo de campaña cubierto con el polvo de la derrota y su típico falucho forrado en hule. En su rostro se dibujaban las fatigas del insomnio. Estaba triste y reconcentrado. Al anuncio de su llegada, se echaron a vuelo las campanas, el pueblo lo recibió con aclamaciones, y al cruzar la plaza, después de conferenciar dos horas con el director O`Higgins, la muchedumbre le pidió una palabra que la confortase. El general no era orador ni hombre de movimientos espontáneos; pero, sea que la conciencia lo inspirase o hubiese preparado de antemano el efecto de su golpe dramático, detuvo su caballo a la puerta del palacio episcopal que le servía de alojamiento y con acento sonoro pronunció el primer y último discurso de su vida: “¡Chilenos! Uno de aquellos acasos que no es dado al hombre evitar, hizo su golpe inesperado y la incertidumbre os hiciera vacilar; pero ya es tiempo de volver sobre vosotros mismos y observar que el ejército de la patria se sostiene con gloria al frente del enemigo; que vuestros compañeros de armas se reúnen apresuradamente y que son inagotables los recursos del patriotismo. Los tiranos no han avanzado un punto de sus atrincheramientos. Yo dejo en marcha una fuerza de más de cuatro mil hombres sin contar las milicias. La patria existe y

triunfará, y yo empeño mi palabra de honor de dar en breve un día de gloria a la América del Sur”.

Pocos días después –el glorioso 5 de abril de 1818– estaba el general con su ejército esperando al de Osorio en la llanura de Maipo, listo para la batalla. Antes de entrar en acción, recibió la visita de un agente norteamericano que lo había conocido después de la dispersión de Cancha Rayada. Se llamaba W. G. D. Worthington.

“Poco antes de iniciarse la batalla de Maipú lo visité en su tienda –dice Worthington–. Estaba muy ocupado. Recordando que en Talca (Cancha Rayada) lo habían tomado por sorpresa, me aventuré a decirle: –Parece, general, que Osorio avanza con mucha precaución... –Por el énfasis con que me contestó, comprendí que había comprendido mi intención. –Nous le verrons... –fue toda su respuesta y no en tono de duda, antes bien como si tuviera puestos los ojos sobre el enemigo. Me acompañó hasta fuera de la tienda y me agradeció –dijo– el honor de mi visita. Al estrechar su mano y en momentos en que el choque de los ejércitos parecía inminente, le dije: –De esta batalla, señor general, depende no solamente la libertad de Chile sino acaso de toda la América española. No sólo Buenos Aires, Chile y Perú tienen los ojos puestos en V.E. sino todo el mundo civilizado. –Dije esto sin presunción y con cierta tímida solemnidad, como lo sentía, y como lo sintió él, por la forma en que escuchó mis palabras, y luego se inclinó y se volvió a su tienda.”

Worthington, en otra parte de su informe lo retrata así: “Es hombre bien proporcionado, ni muy robusto ni tampoco delgado, más bien enjuto; su estatura es de casi seis pies, cutis muy amarillento, pelo negro y recio, ojos también negros, vivos, inquietos y penetrantes, nariz aquilina; el mentón y la boca, cuando sonrío, adquieren una expresión singularmente simpática. Tiene maneras distinguidas y cultas, y la réplica tan viva como el pensamiento. Es valiente, desprendido en cuestiones de dinero, sobrio en el comer y beber. Es sencillo y enemigo de la ostentación en el vestir, decididamente retraído y no lo tienta la pompa ni el Fausto”.

Poco después de haber atendido a Mr. Worthington, se entabló el combate. Esa misma mañana, una linda mañana otoñal –era domingo–, un inglés de Santiago, Samuel Haigh, que había conocido al prócer después de Chacabuco, supo que por el lado de Maipo “habría estrépito de batalla”, y curioso de presenciar la acción, se armó de dos pistolas, montó a caballo y con dos compatriotas suyos, Bernard y Begg, salió en busca del ejército patriota. Nos ha dejado Haigh una muy colorida y animada descripción de la batalla.

“Sentí algo como satisfacción –nos dice– al dejar la ciudad esa mañana, pues pocas horas pondrían fin al estado agonizante, de esperanza y temor que había alternativamente agitado a todos, desde el desastre de Cancha Rayada. En efecto, muchos de los habitantes de Santiago estaban medio locos. Cuando entramos en el llano, como a una legua de la ciudad, oímos los primeros cañonazos, a largos intervalos, pero llegando a la posición patriota, encontramos los dos ejércitos empeñados encarnizadamente, y el fuego era un solo rugido prolongado. Los movimientos de la mañana fueron los siguientes: Cuando despuntó el alba, en el día decisivo, grande para los destinos de la libertad y de Chile, se descubrió al enemigo marchando desde Espejo y, por un movimiento de flanco, a punto de ocupar el camino de Santiago. La intención de Osorio parece haber sido colocarse entre la ciudad y el ejército patriota, con lo que

consideraba mejorar notablemente su posición. San Martín, inmediatamente, hizo mover su ejército y avanzó hacia el enemigo en columnas cerradas, y mediante una marcha rápida llegó a tiempo de frustrar esta maniobra de ocupar el camino principal. Osorio, entonces, hizo alto y tomó posición sobre la lomada frente a la chacra de Espejo, en el orden siguiente: Su derecha fue ocupada por el regimiento de Burgos, y su izquierda, por el Infante Don Carlos; el centro lo formaban las tropas sacadas del Perú y Concepción; estaban en columnas cerradas, flanqueadas por cuatro escuadrones a la derecha y un regimiento de lanceros a la izquierda. El terreno que ocupaban era el borde de una loma que se extendía cerca de una milla, y en su extrema izquierda había un montículo aislado en el cual habían emplazado cuatro cañones y unos doscientos hombres. Su número subía a más de seis mil. El ejército patriota se dispuso en columnas como sigue: Su izquierda la mandaba el general Alvarado; el centro, el general Balcarce; la derecha, el coronel Las Heras y la reserva el general Quintana.

“La acción comenzó como a las once, y se inició por la artillería patriota de la derecha; el cañoneo fue a intervalos, sobre la izquierda realista que avanzaba; y antes de las doce la acción se hizo general. Cuando los del Infante Don Carlos defendían la loma, recibieron el fuego muy destructor de la artillería del coronel Blanco, cuyos efectos eran visibles a cada cañonazo llevando la destrucción y el desaliento a sus columnas. La batalla aquí fue bien disputada y estuvo indecisa mucho tiempo. El coronel Manuel Escalada, con un escuadrón de granaderos a caballo, cargó al montículo en que estaban emplazadas las cuatro piezas de artillería y las tomó, los cañones, en seguida, fueron apuntados contra sus dueños primitivos. A la derecha, los realistas sacaron ventaja; el nutrido y bien dirigido fuego del regimiento de Burgos introdujo confusión en el ala izquierda patriota, compuesta principalmente de negros, y fueron al fin completamente dispersados, dejando cuatrocientos cadáveres en el campo de batalla. En este momento crítico, la reserva al mando de Quintana recibió orden de atacar. El Burgos avanzó tan rápido que se desordenó en parte y se había retirado algo para formarse cuando la reserva patriota se lanzó sobre él sufriendo un fuego mortífero dirigido con admirable precisión y efecto y con tanta regularidad como si se tratase de una parada, éste fue sin duda el momento más dudoso de la acción y así fue considerado por Quintana que, reforzado por un escuadrón de Granaderos a caballo, dio la orden de cargar. El choque fue tremendo, cesando el fuego casi de golpe, y ambos bandos cruzaron bayonetas. Los gritos repetidos de ¡Viva el Rey! ¡Viva la Patria!, demostraban que cada pulgada de terreno era disputada desesperadamente; pero, a causa del polvo y del humo, difícilmente podíamos saber de qué lado se inclinaba la victoria. Finalmente, el grito realista enmudeció, y el avance de los patriotas, con grandes vítores de ¡Viva la Libertad!, proclamaba que la victoria era suya. Cuando el Burgos advirtió que sus filas estaban rotas, sus componentes abandonaron toda idea de resistencia ulterior y huyeron en todas direcciones, aunque principalmente hacia el Molino de Espejo. Fueron perseguidos por la caballería y despedazados sin piedad. En efecto, esta virtud había sido desterrada de los pechos en ambos bandos. La carnicería fue muy grande, y me decían algunos oficiales que habían servido en Europa que nunca presenciaron nada más sangriento que lo ocurrido en esta parte del campo de Batalla.

“Más o menos al mismo tiempo que se efectuaba la carga contra el ala derecha enemiga, el coronel Las Heras había destruido la izquierda, que se retiraba igualmente hacia Espejo. En el centro, la acción se sostuvo con gran determinación, hasta que, dándose cuenta de que ambas alas estaban en derrota, los españoles cedieron y el desastre se hizo general, retirándose

todos, a todo correr, hacia Espejo. Esta hacienda tiene tres corrales y está rodeada por tapias macizas, capaces de proteger 2.000 hombres, y es sorprendente que los realistas no sostuvieron esta buena posición, pues su defensa era muy practicable y les habría economizado muchas vidas y, quizás, habilitado para capitular en condiciones honrosas; sin embargo, perdido todo orden, solamente pensaron en salvarse. Los patriotas, al mando de Las Heras, avanzaban por el callejón que conduce a las casas y, al aproximarse, los realistas levantaron bandera blanca desde la ventana que hay encima de la entrada, pidiendo capitulación, que se otorgó cuando, acto continuo, las puertas fueron voladas por un cañonazo con metralla, disparado desde el patio. Los patriotas, naturalmente, ya no dieron cuartel e instantáneamente cargaron, siendo recibidos por un nutrido fuego de mosquetería que se hacía desde puertas, ventanas y todas las troneras de la casa. Sin embargo, esto solamente duró breve tiempo, pues los patriotas entraron en gran número y, rápidamente, desalojaron al enemigo. Los realistas ya no hicieron más resistencia; la voz de orden era: ¡Sálvese el que pueda!, y hacían esfuerzos por salir de la casa con la rapidez posible, pero fueron perseguidos y masacrados por el implacable enemigo. Hay un gran viñedo detrás de la casa, por donde huyeron muchos realistas pero, a estar al cómputo más bajo, quinientos hombres perecieron en la hacienda y el viñedo. La linda hacienda de Espejo presentaba un horrible cuadro después del combate; las puertas y ventanas, perforadas por balas de mosquete; los corredores, paredes y pisos, con porciones de sesos y coágulos y salpicaduras de sangre, y todo el lugar, dentro y fuera, cubierto de cadáveres. La casa estaba llena con el bagaje del ejército español, y el saqueo fue inmenso. Muchos soldados se enriquecieron durante la acción, y es lamentable que varios oficiales atendieron más a sus bolsillos que al éxito de la jornada; ocurrieron algunos casos de rapacidad, que ahora no es necesario mencionar; pero la conducta, en general, de oficiales y soldados fue admirable; combatieron desesperada y entusiastamente, con corazones por la causa de la Libertad y manos para el golpe de la Libertad. Parte del regimiento de Burgos se había retirado a una eminencia, donde no podía maniobrar la caballería patriota; los realistas capitularon y cayeron prisioneros.”

Haigh, que presencié la acción colocado cerca de San Martín, partió para Santiago con un encargo del general. “Al entrar en la cañada –dice– anuncié la victoria gritando con todas mis fuerzas: ¡Viva la patria!, y mostré el papel ensangrentado que llevaba para el Director. Apenas hube proferido estas palabras, cuando en respuesta se alzó una gritería de la multitud que hizo retumbar el firmamento entero, y el tropel de la gente me envolvió para obtener más detalles, casi ahogándome con el calor y el polvo. Un señor anciano, a caballo, en los raptos de su patriotismo, me echó los brazos y casi me ahoga por el fervor de su abrazo, del que me libré con una maniobra que, debe haber sentido, tenía de todo menos de simpática. Luego de desprenderme de ese grupo, pasé por la cañada; las campanas repicaban y resonaba el aire con exclamaciones de ¡Viva la Patria!, ¡Viva San Martín!, ¡Viva la Libertad!, pero a medida que me aproximaba, la multitud se hacía más densa, y me precipité por una calle excusada en las orillas de la ciudad; después de evitar una trinchera ancha y recién cavada, haciendo un rodeo, galopé a palacio. Encontré las entradas atestadas de populacho, del que formaba parte mi sirviente, a quien dejé el caballo y, a empujones, me abrí paso con dificultad hasta la sala de audiencias...

“Después de comer, apresuradamente, monté un caballo de refresco, para regresar al campo de batalla. Todas las campanas de las iglesias repicaban y los sacerdotes encendían fuegos

artificiales desde las torres. Alcancé mucha gente que se dirigía al teatro de la acción; algunos para buscar a sus amigos y parientes; otros por curiosidad y otros que, quizá, no habrían deseado hacer públicos sus propósitos. Había varios sacerdotes a caballo. Un rollizo fraile dominico, con hábito, rosario, sombrero de teja y toga de bombasí arremangada hasta las caderas, iba al galope. Al preguntarle qué podía decidir a un hombre de su profesión para visitar una escena de carnicería, me dijo que él era tan óptimo patriota como buen cristiano y que iba a felicitar a los generales y a confesar a los heridos de muerte. Después fui al callejón de Espejo, donde, en la hondonada de una colina, estaban reunidos San Martín y sus jefes. En estos momentos llegó O`Higgins y su encuentro con San Martín fue interesantísimo. Ambos generales se abrazaron a caballo y mutuamente se felicitaron por el éxito de la jornada. “Esa misma noche del 5 de abril, O`Higgins, el director, se hallaba en el palacio del gobierno. La multitud clamorosa bullía en la calzada. Entre los que pudieron llegar hasta O`Higgins estaba Mr. Worthington, el agente norteamericano que en la mañana había saludado al jefe vencedor, antes de la batalla.

“Vi también al vencedor –dice Worthington– después de la batalla de Maipú, porque estuve por la noche a congratular al director. San Martín estaba sentado a su derecha. Me pareció despreocupado y tranquilo. Vestía un sencillo levitón azul. Al felicitarlo muy particularmente por el reciente suceso, sonriendo, con modestia, me contestó: –Son las contingencias de la guerra, nada más...”

## Agenda de lecturas

Sobre Cancha Rayada puede verse Mitre, *op. cit.*, y el relato de Hilarión de la Quintana publicado en *San Martín visto por sus contemporáneos*, de José Luis Busaniche. La descripción de la batalla de Maipú ha sido extraída del libro de Samuel Haigh: *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú*, traducción y prólogo de Carlos A. Aldao. Puede leerse también en *San Martín visto por sus contemporáneos*, ya citado, y se recomienda la lectura del parte de la batalla, en la obra de Mitre o en el *Archivo* de San Martín.

José Luis Busaniche. *San Martín vivo*. Capítulo VIII. pp. 93-103. 2ª ed. Buenos Aires: Emecé, 2000.